

UN ESPACIO QUE TIEMBLA

Carolina García Maggi*

¿Qué misterioso pensamiento conmueve a las espigas?

Georges Didi-Huberman, 2024

Abordar un tema como la alteridad es como una invitación iniciática que nos lleva por un conjunto de cuestiones que gravitan en nuestra concepción de lo inconsciente.

Me interesa explorar los modos en que los sujetos dan cuenta de sí, cómo se piensan en relación con su época, sus mandatos y sus formas de tratar la otredad. Sea en sus decires de habla, o en un *Stimmung*, un ánimo de época, tan errático como volátil.

Freud (1918 [1917]/1992) supo señalar la angustia ante las primicias como fuente de lo inquietante, en las situaciones que se desvían de lo habitual, que conllevan algo nuevo, no comprendido y ominoso (p. 193).

Podemos reconocernos en este aire inquietante, que nos sumerge en esa afectación de emociones analfabetas, como las llama Didi-Huberman (2024). Emociones que no pertenecen a único sujeto, que tampoco están fijas; de ahí el título de este trabajo.

¿En qué sentido hablar de esas “conmociones” que nos afectan ante ciertos seres, ciertos gestos, ciertos textos, ciertas cosas? Siempre se ha dudado entre dos enfoques: explicar o comprender. O se intenta llevar las emociones a una determinada regla —un alfabeto, una gramática, un diccionario— o bien se entra en la danza para “comprender” —prender con— las emociones que se manifiestan —“analfabetas”, como decía José Bergamín— en el mundo. A partir de entonces, estas ya no pertenecen más a un único sujeto: ya no están fijas, pasan de

* Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU). Analista de niños y adolescentes. Integró el equipo editor de la Revista Latinoamericana de Psicoanálisis, *Calibán* (2017-2022), y fue editora en jefe de esta publicación entre el 2022 y 2024.

<carolinagmaggi@gmail.com>

uno a otro y, al pasar, vuelven al aire ambiental un espacio que tiembla, un “aire conmovido”. (p. 1)

El fragmento tiene el valor de entrar en la danza de las emociones, en la extrañeza que nos conmueve, sin gramática alguna ni regla; existe un modo de afectación, del orden de lo innombrable, que perturba nuestro existir. Lo indecible, que puede ser lo penoso, lo inaceptable, que jalona la vida anímica, como lo propio y sentido ajeno; o lo social afectando a cada sujeto de un modo que desconoce.

En este aire conmovido de nuestro tiempo, me pregunto qué nos puede revelar el psicoanálisis desde una condición de escucha, tan ajustada para lo inconsciente como problemática a la hora de hacer una unidad generalizable del caso a caso de nuestra praxis.

En nuestra labor, la categorización o el relevamiento estandarizado son insuficientes o no reflejan la complejidad del trabajo con lo inconsciente. Podemos, sí, como analistas, aislar algunos hechos significativos, en tanto el hecho no es simplemente lo sucedido, es lo sucedido elevado al dicho. Las novedades las encontramos en algún trazo diferencial, que dejan en *entre-dicho* el saber dominante. Las hallamos en un saber que puede ser del orden de una ocurrencia, un roce de palabras, o simplemente las ficciones desde las que hablamos y nos pensamos.

Un hecho reconocible es que nos vemos ante un incremento en las demandas de consultas y análisis. Tal vez cuando nos creíamos más inclinados a suponer una cierta declinación, desde el momento que sigue siendo un método impropio al capitalismo. El psicoanálisis ofrece un alivio al padecer despojado de los artificios del consumo; incluso en la medida que el psicoanálisis pone en cuestión las certezas y los modos en que se encubren las diferencias en lo más íntimo de cada quien. Me animo a pensar que para sostener nuestra función debemos poder situarnos a contracorriente del impulso a lo mismo, propio del modo capitalista, que busca la homogeneidad y la alineación de los deseos.

Lacan propuso pensar el discurso capitalista como movimiento circular, que, por un lado, dispone de la hiperconectividad, pero que, a la vez, vuelve siempre al mismo sitio. Puede sernos de utilidad esta idea para indagar los modos en que se capitalizan las existencias y advertir sus actos de resistencia o desalineación.

La pandemia nos hizo ver hasta qué punto vivimos en un mundo sin costuras, la rapidez con la que el mercado se despierta del repliegue y, de un modo frenético, cómo desata el furor de las lógicas totalitarias. Debemos tomar en cuenta la magnitud de esta erosión de los lazos y considerar que enfrentamos nuevos modos y estrategias de neutralizar la Otredad y la alteridad que nos concierne.

Posiblemente los psicoanalistas disponemos de algunas herramientas para estar un poco más advertidos del cuidado a tener con los dioses mal destronados. Esto es, cuando se forcluye la alteridad desde imperativos obscenos y feroces.

Particularmente, en las demandas de los analizantes escuchamos las quejas de los excluidos de la prosperidad, como les dice Colette Soler (2000/2018); estos serían los mismos neuróticos, quienes revelan la insatisfacción de las ofertas de goce: reclaman que ninguna de las ofertas del mundo les están dirigidas, los sustitutos son pobres sustitutos. La promesa de felicidad, del hombre que existe para sí, se disipa en un sentimiento de futilidad y de inconsistencia.

El temor de estar de más es otro rasgo de este tiempo, con las precauciones y pseudoadaptaciones que toman los sujetos para no ser expulsados de la cadena o ser reducidos a la indiferencia del desamor.

En ciertas ocasiones nos vemos ante otro reverso, el sujeto autoaumentado, como describe J. Alemán (2018). Es el sujeto maximizado bajo la lógica del rendimiento y el imperativo de acumulación del propio valor. La existencia misma es convertida en una empresa, y la relación con uno mismo, en capital financiero. Una *ego-foria*, de carácter compulsivo, dueña de un goce adictivo, sin tope, que más de una vez muestra su reverso depresivo, momentos en los que puede que recurra al análisis.

Por lo pronto, los dispositivos del capitalismo son artefactos de desubjetivación, que desalojan al sujeto del inconsciente. Así, no se admite el equívoco, ni hay pregunta. En la misma medida, se le exige al otro ser transparente, que sepa lo que hace, lo que quiere. O los clichés de “ser uno mismo”. Qué cansancio esta prédica..., ironizaba Jean Allouch. Porque, paradójicamente, esta cosa que es la identidad no deja de ser un lugar de servidumbre y de encierro, de resolución fallida. Por su parte el psicoanálisis en la cura relanza las preguntas que implican al sujeto con su deseo, ya que no tiene respuestas ni tampoco un saber sobre los buenos modos de subjetivación.

Lo que creemos tan propio es un esfuerzo de repetirse, asegurando un imaginario de unidad al yo, con la apariencia de coherencia. Como escribe Quignard (2024), también se reiteran secuencias más antiguas, “no es el yo el que vuelve al *ipsite*, son los deseos añorantes de todos los otros tiempos de los otros tiempos” (p. 46).

Una autora como Butler (1991/2000) ha trabajado esta performatividad de la identidad, advirtiéndole que las categorías de identidad son tomadas como instrumentos regulativos, más aún en los regímenes opresivos, donde es su política, trayendo a los encargados de vigilarla.

No obstante y aun bajo los intentos coactivos de las prácticas de producción de identidad, en la vida amorosa hay, indefectiblemente, algo que no funciona, que renguea y no se adecua.

El tema nos puede llevar por muchas vías de reflexión; avanzaré desde la alteridad que inaugura el psicoanálisis.

La cosa freudiana

El descubrimiento freudiano instaló la idea de un sujeto del inconsciente, dividido por su condición sexual, mortal y hablante. Desde esta concepción del sujeto, el yo es un lugar de desconocimiento y de vasallaje, no es dueño de su propia casa, está desposeído de la unidad y la síntesis.

Vale la pena volver a recordar las condiciones sociales e históricas en las que emerge el psicoanálisis, interrogando la genealogía de nuestras conceptualizaciones para ponerlas en perspectiva.

La Viena en la que nació el psicoanálisis fue un nudo de naciones y de diferencias donde se respiraba una radicalidad serena¹. En ningún otro lugar se habían formulado tan lúcidamente las preguntas sobre el lenguaje (desde autores como Kraus, Schomberg, Freud, hasta Kafka). Se vivía una crisis general de la vivienda. En las fábricas, hombres, niños y mujeres trabajaban siete días de la semana. En 1883 se logró que los niños no trabajaran los domingos.

Como se recuerda, Freud formaba parte de una minoría etnocultural que, como tal, se vio segregada y expropiada del derecho a su propia palabra.

Como bien describe el historiador Enzo Traverso (2013/2014), la emancipación secularizó el mundo judío, con la salida del gueto y la asimilación cultural, que se prolongó durante el siglo XIX. Viena, donde en 1850 residían 2000 judíos, albergaba 200.000 en vísperas de la Primera Guerra.

Si bien estaban privados de derechos políticos, algo extendido en la época, formaban parte de una burguesía culta, pero excluidos de la función pública. Muy pocos pertenecían al profesorado universitario. Carecían de los atributos de dignidad y respetabilidad, privilegio exclusivo de los alemanes “arios”.

Los judíos encarnaban la modernidad y el foco del pensamiento crítico del mundo occidental, como una contratendencia caracterizada por la movilidad, los intercambios, la aculturación, el exilio y el multilingüismo. Recordemos esa figura errante, como en las pinturas de Chagall, en las que los rabinos y las vacas vuelan sobre los tejados, suspendidos en el vacío.

El antisemitismo —que no era religioso, sino racial— estaba sostenido en el culto a la Alemania ancestral y aristocrática. Así, se dio legitimidad discursiva al racismo de Estado del siglo XX, bajo la retórica de una identidad perdida o una esencia amenazada.

1. Podemos pensar en la culturalidad latinoamericana como otro nudo de colectivos, naciones y diferencias que traen otras preguntas al psicoanálisis.

Una concepción biológicamente monista, que dio justificación a la persecución de los intrusos o los desviados. Bajo este biopoder se aceptaron las prácticas genocidas bajo la racionalidad de la norma, la regularidad y la homogeneidad.

La identificación de los judíos con el cosmopolitismo fue un elemento importante del odio segregacionista, un aspecto quizás poco subrayado. Un autor como Benjamin identificaba su judeidad no con una religión, sino con su extraterritorialidad. Los nuevos nacionalismos percibieron en el cosmopolitismo judío un enemigo natural.

Por otro lado, los judíos de la intelectualidad, a medio camino entre una tradición perdida y una respetabilidad negada, se convirtieron en judíos heréticos.

Judío sin Dios, o judío laico, como se definía Freud. Integraron las corrientes de vanguardia, con la sombra de la exclusión, como Spinoza, Heine, Marx, Rosa Luxemburgo, Trotski o Freud. Pensadores anticonformistas que fueron más allá del judaísmo, ya que lo consideraban demasiado estrecho, demasiado limitativo.

Conocemos más detalles. En 1934, el psicoanálisis pasó a ser calificado de ciencia judía por parte del nazismo, y peligroso para el Estado por Mathias Goring, primo del conocido brazo derecho de Hitler. Por las Leyes de Nuremberg, en el 35 se prohibió a los judíos el ejercicio como psicoterapeutas.

Mucho antes, Freud encontraba que los seres humanos se ligan entre ellos por la aversión e intolerancia a lo diferente, más que por sus semejanzas. De esta forma, construyen la figura del enemigo, a quien atribuyen la responsabilidad de todos los males que sufre la Nación.

En este texto de 1917, *El tabú de la virginidad*, Freud aborda la cuestión de la servidumbre, llegando a plantear que el tabú de la virginidad es un modo de sostener la dependencia y heteronomía como diques a las tendencias polígamas. En este caso, el goce de la mujer, que se impone como Real y al que hay que segregar. Las tendencias unificantes precisan asegurar las dependencias de los sujetos. Tal vez se encuentre aquí algún lazo con el origen del monoteísmo, y el poder del Uno ideal. Curiosamente la palabra *katholou*, del griego, significa “de acuerdo con el todo” y es la raíz de *katholikos*, que tiene el sentido de “universal”.

La cosa freudiana, un sintagma que nos resulta hoy familiar, supuso una verdadera subversión al hacer gravitar la fuerza pulsional, polimorfa, en la vida deseante, descentrada de la conciencia y la voluntad. Así, un sujeto producido por la alteridad radical debe también encontrar su relación con ella.

Aquello “Otro” que interesó a Freud estuvo inicialmente dirigido a localizar un territorio éxtimo, indagando en lo íntimo de sus propias fantasías, sueños, para escuchar con otro oído el otro-decir de las histéricas en el síntoma; la investigación avanzó hacia las formaciones del inconsciente en los bordes del sujeto social y cultural. Uno de los problemas del psicoanálisis siempre ha sido la articulación entre estas dimensiones. El engarce entre las pulsiones y las formaciones del in-

consciente, entre el goce y lo simbólico, el cruce entre lo singular y la dimensión colectiva.

Un ejemplo paradigmático lo podemos encontrar en el sueño de “La inyección de Irma” (Freud, 1900 [1899]/1987). Freud llega a un ombligo, ese límite de lo Real, lo indecible, una represión imposible de suprimir, que no depende de ninguna elección subjetiva. Hay algo, una parte pulsional que no se inscribe, y lo simbólico no logra subsumir todo el goce.

Este no-todo es abordado en *Tótem y tabú*, donde Freud (1913 [1912-1913]/1991) describe la castración del goce representado en un mito. En *Moisés y la religión monoteísta* (Freud, 1939 [1934-1938]/ 1989) desplazará su interés al sacrificio del goce, su renuncia, para acceder a las conquistas culturales. Así, lo simbólico, por efecto del lenguaje, realiza una operación de corte sobre el goce, produciendo un goce menguado y parcial. El placer que resulta es siempre un placer exiguo.

Lacan supo ver en los textos freudianos que la castración es siempre del Otro². Podemos agregar que la plenitud no es una satisfacción perdida, sino una satisfacción supuesta a Otro. Estamos destinados a lo ajeno, y en ocasiones esto nutre la queja envidiosa, sostenida en lo que creemos que no nos brindaron, y de lo que el Otro sería poseedor. El neurótico pide cuentas al Otro, busca los indicios de su deseo para tratar de descifrarlo, interpretarlo, enigmatizarlo. Es un modo de hacerlo existir, como voluntad.

Mitigando su ausencia dado que el ser hablante está determinado por un trauma irreductible, nunca encuentra una representación que lo totalice, ni tampoco la reunión que permita la satisfacción del deseo. Es un trauma *an-árquico*, es decir, sin principio, sin origen.

De algún modo, quien desea se encuentra poseído por su propio deseo³. El desear no es del orden del arbitrio, claramente, no deseamos lo que nos conviene; este nos invade y nos coloca en la difícil situación de defendernos de él. Somos elegidos por un goce, que divide al sujeto, de tal modo que convierte en parcial, limitada, toda cuenta que se pretenda dar de uno mismo bajo el *standard* de un yo coherente y que sabe lo que dice.

2. Presente en Freud cuando sostenía la tesis de que la última en perder el falo es la madre.

3. Es importante que el deseo del otro no sea un deseo anónimo, como lo demuestra Spitz en su experiencia con bebés hospitalizados. Los recién nacidos recibían una atención instrumentalizada, sin la mirada libidinal y el cuidado amoroso. Se sumían en depresiones anaclíticas y muchos morían.

Embriagados con imágenes de polvo: Alienación vs. desfijación

El psicoanálisis debe atravesar su tiempo e interrogar los relatos que nos producen como sujetos. Algo nada sencillo, ya que estamos inmersos en los cantos de sirenas del progreso artificial y las ilusiones que programan; aun cuando ya no se disimule la obscenidad de sus intereses. Se exponen de modo mediático, bajo la tutela de poderosas homologías, como lo son las elites financieras que concentran cada vez más la riqueza, sembrando la cultura de la desesperanza y el cinismo.

De algun modo es un régimen de deseo, la *epithume* (del griego, “deseo”) capitalista, reconocible por el furor de lo ilimitado, sin restricción alguna. Con la cualidad de poner en marcha una ingeniería de los afectos, dentro de la norma del capital, que indica y prescribe lo deseable, y su distribución; con el poder de algunos de reservarse posibilidades de disfrute y apartar de ellas a los otros, los “sin-parte” en el asunto.

Tal como señalaba, el deseo nunca es del todo propio, siendo su heteronomía lo que lo signa, y de ahí una particular relación con el odio al no estar bajo el arbitrio. Frédéric Lordon (2010/2015) recuerda al adolescente de Spinoza que, dando un portazo a la casa familiar para huir de la autoridad parental, elige enrolarse en el ejército y prefiere con “total libertad” el despotismo de un tirano antes que los sermones paternos.

Entonces ¿cuál es el alcance de las determinaciones? ¿Qué margen quedaría para lo contingente, para lo nuevo, que se sale de nuestro común?

Lordon nos propone pensar la alienación desde otro enfoque, al ver en ella un modo de fijación, un afecto tenaz. Parte de la concepción spinoziana del deseo como *conatus*. Encuentra que los individuos no estarían separados de su potencia (idea con una impronta deleuziana), ni siquiera cuando viven bajo el reino más tiránico. Simplemente, están destinados a efectuarla en una cierta dirección. Como afecto tenaz, la dominación pasional la fija a un número restringido de objetos, los del deseo amo. El espíritu, lleno pero de muy pocas cosas, de la misma manera que el cocainómano, cuyo espíritu está lleno de imágenes de polvo (p. 159).

Esta figuración de un sujeto embriagado con imágenes de polvo, como los paraísos artificiales de Baudelaire, recuerda el aire subjetivo de nuestra cultura digital, que ha transformado nuestra relación con lo visible, el sentido temporal y nuestra idea de lo humano. Nos llevaría a otro debate sobre las dependencias a los dispositivos que llevamos pegados a la piel, la “heroína electrónica”, como la llama Paul B. Preciado.

Desde esta perspectiva, la alienación es concebida como fijación, espectro angosto de las cosas ofrecidas al deseo. Monomanías que retienen la potencia

en un solo lugar e impiden sus despliegues. No es la pérdida del deseo, sino el estrechamiento del repertorio de objetos.

¿Cuáles serán las posibilidades de desfijación, que movilicen las inercias, y lo que tiraniza al sujeto desde un imperativo feroz?

La cultura podría ser una de las vías, si la pensamos como la proliferación de las invenciones en los espacios de la constricción, tal como la concibe M. de Certeau (1974/2024). Con sus diversas tácticas para evadir la presión civilizatoria y romper con la fijeza. O la presión de la intimidación, cuando se pretende reducir al otro a lo similar, bajo sus formas de violencia, como es la asignación de identidad, el estereotipo, y lo que detiene el deseo en el muro del binarismo.

¿Esta idea de la desfijación tendrá valor en nuestro campo de intervención? Desde Freud estamos familiarizados con el concepto de fijación, y los tiempos lógicos del sujeto, el tiempo pasó, pero no el sujeto con él. El sujeto queda detenido en un sentido, sin avance, sin promoción, en un goce que lo mortifica. En ese caso la desfijación podrá ser un efecto, una consecuencia del trabajo en cada análisis y la actualización que permite el lazo transferencial.

La desfijación de un goce que sobrecarga al sujeto, dependerá, en buena medida, de la posición del analista y su escucha. Si el inconsciente es para cada sujeto una sintaxis particular, entonces el dispositivo con el que trabajamos debe permitirnos alojar y escuchar lo nuevo sin reducirlo a lo mismo. Debe sostener una escucha abierta a los saberes heterogéneos, desencerrando saberes disciplinados bajo el régimen de inteligibilidad en el que estamos incluidos.

Sigue siendo un gran desafío sostener la apuesta de un psicoanálisis que no esté en relación consigo mismo, que no esté en búsqueda de su identidad, lo que sería su fijación. La prohibición endogámica, *No reintegrarás tu producto*, puede venir al caso aquí también, para nuestras instituciones analíticas y las derivas incestuosas.

Es un riesgo que corremos cuando el psicoanálisis no interroga su relación con el malestar social, o cuando se habla de la experiencia analítica desde una dramaturgia teórica en la que finalmente nuestros pacientes se parecen demasiado a nuestras teorías. Lo que ha llevado a acrobacias metapsicológicas que llegan al encriptamiento y delirio del sentido. Lo heterogéneo, lo discontinuo, que es la materia de nuestro trabajo, nos enfrenta al límite de la razón, tan útil y práctica para el día a día, pero un obstáculo en una escucha que requiere de la atención flotante por parte del analista. Flotante en tanto es un dejar en suspenso el juicio y la aserción, sin interesarse por si es verdad, si es correcto, si es inteligente el decir del analizante.

En este aire conmovido de nuestro presente, en el que han migrado las gramáticas y legalidades que nos asistían, la pregunta del epígrafe es un buen modo de desuponer las formas de racionalidad dentro de la cual vivimos para imaginar

y abrir paso a otras posibles. Así sea por sostener viva una experiencia con la otredad, que produzca el misterio, que suscite las preguntas, que soporte los velos.

Referencias

- Abadi, F. (2023). *El nacimiento del deseo*. Pólvora.
- Alemán, J. (2018). *Capitalismo: Crimen perfecto o emancipación*. Ned.
- Applebaum, A. (2024). *Autocracia S. A.: Los dictadores que quieren gobernar el mundo*. Debate.
- Butler, J. (2000). Imitación o insubordinación de género. En R. Giordano y G. Graham (ed.), *Grafías de Eros*. Lecol. (Trabajo original publicado en 1991)
- Butler, J. (2020). *Dar cuenta de sí mismo: Violencia ética y responsabilidad*. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 2005)
- Certeau, M. de (2024). *La cultura en plural*. Godot. (Trabajo original publicado en 1974)
- Didi-Huberman, G. (2024). *En el aire conmovido...* Reina Sofía.
- Freud, S. (1987). La interpretación de los sueños. En J. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 4). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900 [1899]).
- Freud, S. (1989). Moisés y la religión monoteísta. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 23, pp. 1-132). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1939 [1934-1938])
- Freud, S. (1991). Tótem y tabú: Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 13, pp. 1-164). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1913 [1912-1913])
- Freud, S. (1992). El tabú de la virginidad (Contribuciones a la psicología del amor, III). En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 11, pp. 185-204). Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1918 [1917])
- Lordon, F. (2015). *Capitalismo, deseo y servidumbre: Marx y Spinoza*. Tinta Limón. (Trabajo original publicado en 2010)
- Lynch, D. (2007). *The air is on fire* [álbum]. Strange World, Sacred Bones.
- Preciado, P. B. (2022). *Dysphoria mundi*. Anagrama.
- Quignard, P. (2024). *Compléments à la théorie sexuelle et sur l'amour*. Seuil.
- Soler, C. (2018). *La maldición sobre el sexo*. Manantial. (Trabajo original publicado en 2000)
- Traverso, E. (2014). *El final de la modernidad judía: Historia de un giro conservador*. Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en 2013)

Resumen

Abordar un tema como la alteridad nos lleva por un conjunto de cuestiones que gravitan nuestra concepción de lo inconsciente. El trabajo intenta explorar los modos en que los sujetos dan cuenta de sí, con sus formas de tratar la otredad y lo inquietante. El psicoanálisis, al poner en cuestión las certezas y los modos en que se encubren las diferencias en lo más íntimo, debe situarse a contracorriente del impulso a lo mismo y

las estrategias de neutralizar la alteridad de nuestro tiempo. Así también las prácticas de producción de identidad, interrogando los peligros de una categoría como esta. Toda cuenta que se pretenda dar de uno mismo bajo el standard de un yo coherente y que sabe lo que dice. El dispositivo con el que trabajamos debe permitirnos alojar y escuchar lo nuevo sin reducirlo a lo mismo. Así sea por sostener viva una experiencia con la otredad, que produzca el misterio, que suscite las preguntas.

Palabras clave: alteridad, otredad, identidad , emociones, discurso capitalista, práctica analítica

Abstract

Addressing a topic such as otherness takes us through a set of issues that gravitate our conception of the unconscious. The paper attempts to explore the ways in which subjects give an account of themselves, with their ways of dealing with otherness and the unsettling. Psychoanalysis, by questioning certainties and the ways in which differences are concealed in the most intimate, has to position itself against the impulse to the same and the strategies of neutralising the otherness of our time. So too must the practices of identity production, interrogating the dangers of such a category. Any account of oneself that claims to be given under the standard of a coherent self that knows what it says. The device we work with must allow us to accommodate and listen to the new without reducing it to the same. It is to keep alive an experience of otherness, to produce mystery, to raise questions.

Key words: otherness, otherness, identity, emotions, capitalist discourse, analytical practice